

*Miércoles, 3 de noviembre de 2021*

**Catequesis 14. Caminar según el Espíritu**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En el pasaje de la Carta a los Gálatas que acabamos de escuchar, **san Pablo exhorta a los cristianos a caminar según el Espíritu Santo** (cfr. 5,16.25). Hay un estilo: *caminar según el Espíritu Santo*. De hecho, creer en Jesús significa seguirlo, **ir detrás de Él en su camino**, como hicieron los primeros discípulos. Y significa al mismo tiempo evitar el camino opuesto, el del egoísmo, el de buscar el propio interés, que el Apóstol llama «apetencias de la carne» (v. 16). **El Espíritu es la guía de este camino** sobre la vía de Cristo, un camino maravilloso pero también fatigoso, que empieza en el Bautismo y dura toda la vida. Pensemos en una larga excursión a la alta montaña: es fascinante, la meta nos atrae, pero **requiere mucho esfuerzo y tenacidad**.

Esta imagen puede ser útil para analizar las palabras del Apóstol: “caminar según el Espíritu”, “dejarse guiar” por Él. Son **expresiones que indican una acción, un movimiento, un dinamismo** que impide detenerse en las primeras dificultades, pero que **estimula a confiar en la «fuerza que viene del alto»** (Pastor de Hermas, 43, 21). Recorriendo este camino, el cristiano adquiere una visión positiva de la vida. Esto **no significa que el mal presente en el mundo haya desaparecido**, o que hayan **desaparecido los impulsos negativos del egoísmo** y el orgullo; más bien quiere decir que **creer en Dios es siempre más fuerte** que nuestras resistencias y más grande que nuestros pecados. ¡Y esto es importante!

Mientras exhorta a los Gálatas a recorrer este camino, el **Apóstol se pone a su nivel**. Abandona el verbo imperativo —«caminad» (v. 16)— y usa el “nosotros” del indicativo: «obremos también según el Espíritu» (v. 25). Como diciendo: pongámonos a lo largo de la misma línea y dejémonos guiar por el Espíritu Santo. Es una exhortación, una forma exhortativa. Esta exhortación san Pablo la siente necesaria también para sí mismo. Incluso **sabiendo que Cristo vive en él** (cfr. 2,20), también está convencido de no haber alcanzado todavía la meta, la cima de la montaña (cfr. *Fil 3,12*). **El Apóstol no se pone por encima de su comunidad**, no dice: “Yo soy el jefe, vosotros sois los otros; y he llegado a lo alto de la montaña y vosotros estáis en camino” —no dice esto—, sino que **se coloca en medio del camino de todos**, para **dar ejemplo concreto de lo necesario que es obedecer a Dios**, correspondiendo cada vez más y siempre mejor a la guía del Espíritu. Y qué bonito cuando nosotros encontramos pastores que caminan con su pueblo y que no se separan de él. Es muy bonito esto, hace bien al alma.

**Este “caminar según el Espíritu” no es solo una acción individual:** también afecta a la comunidad en su conjunto. De hecho, **construir la comunidad** siguiendo el camino indicado por el Apóstol es **emocionante, pero arduo**. Las “*apetencias de la carne*”, “*las tentaciones*” —digamos así—, que todos nosotros tenemos, es decir las **envidias, los prejuicios, las hipocresías, los rencores**, se siguen sintiendo, y recurrir a una rigidez preceptiva puede ser una tentación fácil, pero al hacerlo uno se saldría del camino de la libertad y, en lugar de subir a la cima, volvería hacia abajo. Recorrer el **camino del Espíritu requiere** en primer lugar **dar espacio a la gracia y a la caridad**. **Hacer espacio a la gracia de Dios, no tener miedo**. Pablo, después de haber hecho sentir de forma severa su voz, invita a los Gálatas a hacerse cargo cada uno de las dificultades del otro, y si alguno se equivoca, usar la mansedumbre (cfr. 5,22). Escuchemos sus palabras: **«Hermanos, aun cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate a ti mismo, pues también tú puedes ser tentado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas»** (6,1-2). Una actitud muy diferente a la del chismorreo; no, esto no es según el Espíritu. Según el Espíritu es tener esta

dulzura con el hermano al corregirlo y vigilar sobre nosotros mismos con humildad para no caer nosotros en esos pecados.

De hecho, **cuando tenemos la tentación de juzgar** mal a los otros, como sucede a menudo, **debemos sobre todo reflexionar sobre nuestra fragilidad**. ¡Qué fácil es criticar a los otros! Pero hay gente que parece tener una licenciatura en chismorreo. Todos los días critican a los demás. ¡**Pero mírate a ti mismo!** Está bien preguntarnos qué nos impulsa a corregir a un hermano o a una hermana, y si no somos de alguna manera corresponsables de su error. El Espíritu Santo, además de donarnos la mansedumbre, nos invita a la solidaridad, a llevar los pesos de los otros. ¡Cuántos pesos están presentes en la vida de una persona: la enfermedad, la falta de trabajo, la soledad, el dolor...! ¡Y cuántas otras pruebas que requieren la cercanía y el amor de los hermanos! Nos pueden ayudar también las palabras de **san Agustín** cuando comenta este mismo pasaje: «**Por lo tanto, hermanos, si un hombre está implicado en alguna falta, [...], instruidle con espíritu de mansedumbre. Y si levantas la voz, haya amor interiormente. Si exhortas, si acaricias, si corriges, si te muestras duro: ama y haz lo que quieras**» (*Sermones 163/B 3*). **Ama siempre**. La regla suprema de la corrección fraterna es el amor: querer el bien de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. Se trata de tolerar los problemas de los otros, los defectos de los otros en silencio en la oración, para después encontrar el camino adecuado para ayudarlo a corregirse. Y esto no es fácil. El camino más fácil es el del chismorreo. Despellejar al otro como si yo fuera perfecto. Y esto no se debe hacer. Mansedumbre. Paciencia. Oración. Cercanía.

Caminemos con alegría y con paciencia en este camino, dejándonos guiar por el Espíritu Santo.

---

### **Resumen leído por el Santo Padre en español**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy san Pablo nos exhorta a que *caminemos según el Espíritu y nos dejemos guiar por Él* en nuestro *seguimiento* de Cristo. Estas expresiones indican que la vida cristiana es acción, movimiento, dinamismo. Al mismo tiempo, el Apóstol nos dice que hay que evitar el camino opuesto, al que llama “los deseos desordenados”. Pero eso no significa que el mal o nuestros impulsos negativos vayan a desaparecer, sino que Dios es siempre más fuerte que nuestras resistencias y nuestros pecados.

Por otra parte, este *caminar según el Espíritu* no es sólo una acción individual, implica también a la comunidad. Para poder combatir los “deseos de la carne” que no favorecen la comunión —como la envidia, la hipocresía, el rencor, las críticas destructivas— es necesario dar espacio a la gracia y a la caridad. El amor es la regla suprema para poder seguir el camino de Cristo, nos hace conscientes de nuestra propia fragilidad, y nos hace misericordiosos y solidarios con las dificultades y debilidades de los demás.

---

